

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo II

SAN SALVADOR, DOMINGO 2 DE ^{Sumo} JULIO DE 1895 _{Sumo}

Num 8.

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi

Victor Jerez

SECRETARIO DE REDACCION:

Isaias Gamboa

CO-REDACTOR:

J. Antonio Solórzano

Prosa y Verso

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO

El libro que hoy mañana me envió mi buen amigo Solórzano y que acaba de salir de las prensas de la Nacional, es un libro íntimo: un libro del corazón. El que recorra sus páginas y lea todo lo que contiene, se persuadirá mejor. Es un libro que ha formado el amigo con todo lo que esa Musa buena, la del Recuerdo, esa que tiene los ojos color de esperanza y los labios tintos y húmedos como una fresa, le ha sugerido; cuando ella ha impulsado su pluma y llenado su mente de ensueños azules é ilusiones rosadas. Antonio ha recogido todas esas flores siempre frescas y lozanas, y con un listón color de carne morena que ató en día feliz la trenza de su novia, anudó un ramillete y lo ha arrojado á la calle, lo ha obsequiado á cualquier transeunte, lo ha llevado á casa de los libreros y á las casas de comisiones para que vendan barato, como cosa de *bric á brac*, esas cosas de su alma, esas cosas blancas y frescas, de que habla un poeta.

Yo, leyéndolo, he gozado. Tiene ese poder irresistible y benéfico: sus lágrimas son las nuestras: cuando en el labio del amigo se refleja una sonrisa, nosotros reímos también; somos niños en *Un Sueño Místico* y en la hechicera *Acuarela*; lloramos, somos hombres, hemos sufrido tanto como ha sufrido él, en muchas de sus rimas delicadas.

Y eso cabalmente es lo que muy pocos escritores y poetas consiguen. Ha r que el libro suyo sea el de todos los que tienen una alma sensible: que sea el libro de la mujer que siente y del señorito que lee por pasar el rato, del muchacho que hace versos á la diablo é hilvana prosas sobre su pupitre, mientras el profesor explica la lección del día. Un libro que pertenezca á la escuela de todo el mundo: la del sentimiento. Y en esa escuela, Solórzano, el buen *Toño*, es discípulo aventajado. Sabe leer, á través de una lágrima, un

poema de dolor, y descubre, tras la ráfaga de una sonrisa, un poema de alegría y de felicidad. Es de esos poetas raros, es decir, con los que no nos damos de codos á cualquier rato, á la vuelta de una esquina, en el pasillo de un teatro ó á la entrada de un café de moda.

En ese libro, Primavera ideal y pródiga ha derramado la riqueza opulenta de sus perfumes y la valiosa policromía de sus luces y colores. Hay rimas que son rosas blancas: idilios que huelen como un húmedo ramillete de lilas: madrigales, como éste, que son gotas de rocío, presos en el estuche de terciopelo de una gardenia:

Todas las tardes con la brisa errante
mi alma te envía una canción, Teresa;
un suspiro de amor forma la música
y tu nombre la letra.

Versos tiene en su libro Solórzano que son dignos de ir, como un gajo de violetas ó un ramillete de botones de rosas, prendidos al corpiño abullonado y palpitante de una mujer hermosa.

Tiene rasgos heinianos á veces y en otros trozos becquerianos; pero lejos está de *imitar* á estos *inimitables*.

Un lindo asunto es este, que pide el pincel de un acuarelista ó el lápiz fino y aristocrático de Apeles Mestre:

Cada vez que contemplo en las flores
las nítidas perlas
de rocío, me siento con ansias
de ir á beberlas;
pues yo pienso que vienen de noche
las almas aquellas
que, enfermas de amor, para siempre
dejaron la tierra,
y que, luego, á las púdicas flores
suspirando llegan,
y, besando las frescas corolas,
en llanto se sueltan....
Cuando ya en el oriente aparece
la aurora risueña,
esas almas á ignotos lugares
muy rápidas vuelan,
en los pétalos tiernos dejando
sus lágrimas bellas.....

Primorosos versos, que se absorben, como un pomo de esencias, y trastornan nuestro cerebro y arroban nuestro temperamento nervioso.

Perla, libre de engarse, pura, tan grande como una gota de rocío en la copa de una azucena, es esta:

Como van las pintadas mariposas
por prados y campiñas,
buscando flores do libar con ansia
la miel que les da vida,
así vuelan mis notas por el mundo,
errantes y perdidas,
buscando un alma cariñosa y pura
que les brinde, benigna,
el néctar del amor.....

Dí ¿ no has soñado
con besos y caricias?

Así son tus rimas, poeta. Voluble bandada de mariposas, que engañan á las flores, haz pintorezco de llamas vivas, que buscan ramaje hospedador. Van en tropel pintoresco tus rimas, y esas almas que tú ansías para que sirvan de nido á tus notas, las encontrarás. Habrá almas que abran á las pobrecitas que temen el frío de la noche, las puertas del blanco santuario.... Ah, poeta! Esa es la mayor de las felicidades! Cuando pasa una rima, rozando un cútis sonrosado, produciendo un estremecimiento nervioso en esas carnes albas é intactas, quemando ¡la coquetuela! sus alas de seda en la hoguera ardiente de unos ojos negros y luminosos, entonces.... entonces se deshace, hoja por hoja, la corona de laurel y se busca el suave despotismo de una mirada, de una sonrisa, tal vez de un beso.... Esa es la mejor gloria, el más inmarcescible de los laureles cosechado en la lid!

Las prosas son exquisitas, llenas de delicadeza. Ha puesto Solórzano en su libro, muchas que le honran sobre manera. *Un sueño místico* y *Un sueño de noviembre*, son páginas que no pueden concebirse mejor. Huelga la delicadeza, un sutil perfume, en la *Acuarela* y en *Lilia*. *La Nube Negra* es una página del corazón, que ha escrito tal vez Antonio con la pluma húmeda en tinta de rosas y en lágrimas consoladoras y el artículo necrológico sobre el hermano ido, *Jeremías Martínez*, es una corona de siemprevivas y margaritas, toda ella empapada de rocío y cubierta por impalpable velo negro: una ofrenda postrera.

Ya tienen los hijos de nuestro amigo su casa propia. El, con sumo cariño, les dice en el prólogo corto y expresivo que pone al frente del primoroso volumen:

“Para que no andéis vagando así, tan mal vestidos, casi desnudos, dispersos, pidiendo hospedaje en esos palacios que se llaman REVISTAS, ó en esas casas de huéspedes que se denominan DIARIOS, yo os recojo, ¡oh páginas del alma! ¡oh versos del corazón! ¡oh caros hijos míos!”

Y el poeta amable ha formado para sus hijos un nido cálido y protector. La blanca casita albea entre el verde triunfal de los jardines

y bajo el azul del cielo primaveral. Llegan á su alero, bandadas de blancas palomas. En los naranjos chillan las alborotadas golondrinas y bajo los ramajes, sonriente, pura, va la musa del poeta, coronada de azahares y vestida de blanco, como una novia que viene del templo.

ARTURO A. AMBROGI.

A la señorita María Dardón

Como un ave que entona dulce trino
cuando su vista en el vergel tropieza,
yo también, al hallarte en mi camino,
saludo con un himno tu belleza.

¿ Quién en rendirte parias reverente,
si te pudo admirar, no se complace?
La corona que llevas en la frente
vasallos tuyos á los hombres hace!

¿ Mas qué importa la voz de mi deseo
á tus timbres magníficos de gloria?
Mi admiración obscura es un trofeo
perdido en el botín de tu victoria.

Tú lo sabes muy bien, hermosa amiga:
¿ á qué luchar cuando luchar es vano?
El homenaje á que tu rango obliga
sólo puede venir de regia mano.

Yo, sin embargo, sé lo que te debo,
que al emprender al cabo la jornada
hoy para encanto de mis ojos llevo
tu visión primorosa en la mirada.

¿ Qué más hermosa y singular conquista!
En las horas de tedio y de tristeza
en mi memoria concentrar la vista
para gozar mirando tu belleza:

Tu cabellera de ébano que brilla
y por tus hombres mórbidos rebosa,
el moreno color de tu mejilla
y su tersura y su matiz de rosa;

El mirar de tus ojos, entre tanto,
al resplandor que su capuz destella
tal como negro, como espeso manto
donde fulgura luminosa estrella....

En : memoria contemplar todo eso
¿ qué galardón tan noble de la suerte!
Y yo sabré con íntimo embeleso
en tu apostura majestuosa verte.

En cambio ¿ mi entusiasmo qué te deja?
Nada.... porque este canto es un sonido
que de tu lado, como yo, se aleja
á perderse en “las tierras del olvido.”

JUSTO A. FACIO

Guatemala—mayo—1895.

La Hora Verde

A Rubén Darío

Del parisiense boulevard fastuoso
prolóngase la plácida penumbra
porque el sol de oro viejo solo alumbraba
con mortecino rayo perezoso.

De la jornada al fin llega el reposo,
oásis que en la lucha se columbra,
y en los bruñidos mármoles deslumbra
del verde ajénjo el néctar venenoso.

Arde el café moderno entre el gentío
y á cortos trazos, sorbe lentamente,
la amarga copa el bebedor sombrío.....

Mientras por el asfalto reluciente,
como azotada por el viento frío,
pasa la burguesía indiferente.

E. HERNÁNDEZ MIYARES

Habana—1891

—***—

Worth

Las parisienses lloran la muerte de Worth, el mago cuya tijera maravillosa cortó, en la tela, y bordó, con trama de sedas sutiles, tantos poemas refinados. Muere Worth á la llegada de la primavera, á la edad de setenta años y de un fuerte ataque de *grippe*. Se va el ogro amable, cuando en los jardines despuntan las flores primeras y se cuajan de azahares los naranjos friolentos que ya rejuvenecen y se visten sus nuevos ropajes de esmeralda. Cuando las parisienses esperaban que un nuevo escote ideado por el maestro, hiciese resaltar más la blancura impecable de sus senos mórbidos y erectos, bajo las baterías de luz de un salón de baile, cuando guardaban sus pesados *ulsters* de pieles, sus manguillos pesados y sus capotas de hule, en espera de la nueva tela clara, del chal de seda, de la capotilla primaveral, de la flor de ordenanza para el corpiño y color de moda para la media y el guante. Pero ese deseo de las eternas volubles, de las coquetuelas llenas de gracia, no pudo realizarse. El maestro murió, cuando el Invierno, el viejo Emperador cano, se preparaba á partir. Worth dijo el adiós postrero y se fue caminando del infinito. Y vió como tras él, pisándole los talones, como sombra fantástica, iba un anciano sereno, de gran barba de nieve y calado hongo gris, envuelto en pieles y fumando su pipa. Tras él iba el Invierno. Se fue Worth con la última nevada. Las parisienses se desataban sus patinees de acero, que conservaban vivas aún las caricias postreras del hielo del Bosque de Boulogne, y calzaban su pie mono en la zapatica de alto tacón y cuero perfumado.

Worth era todo un artista. No sostuvieron sus manos la paleta que huelga en matices ricos, ni el lápiz retozón que traza sobre el papel la caricatura alegre ó la burla mordaz. El era un artista; un poeta. De su tijera brotaban esos poemas que las parisienses ansiaban, como ansían un libro de Gip ó un *romans* de René Maizeroy. Era él mismo editor y autor. La mujer elegante, iba á su *bufet* de trabajo á consultarle de nimiedades. Supo encerrar en un trozo de encajes ó un brillón de muselina, estrofas apasionadas. Prendió, al desgaire, en corpiños virginales, la gloria muerta de los ramos de flores de género; hizo de las cabelleras espesas, tibio nido para las plumas albas ó las diademas de perlas. El caballero aristocrático y el tipín remilgado, iban también al santuario del Rey de la Moda. Tuvo, como con razón lo dijo él en un raptó de orgullo, "Europa á sus piés." El impuso el frac tinto para las grandes recepciones y de su tijera salían los trajes de los señores de la aristocracia. El mayor gusto, el más inmenso orgullo de los parisienses consistía en que su levita, su sobre-todo, sus trajes, llevasen esta marca: "Worth-Modisto." Y esa marca de seda amarilla, bordada á manera de blasón, sobre un trocito de moaré ó de seda, costaban miles y miles de francos. Se sabe de muchos millonarios que dejaron la mayor parte de sus capitales y de los de sus mujeres en las arcas, siempre llenas, de la casa Worth.....

Un vestido de seda! Cómo sueña con él la que aún enseña las pantorrillas, cubiertas por medias finísimas! Columbran ese vestido de seda, largo: un "trousseau" de señorita formal; como otras columbran, allá lejos, entre las sutiles brumas, al apuesto novio que ceñirá tal vez á sus frentes la guirnalda de azahares y las cubrirá con el velo impalpable, manto de espuma postrero, que entona el *réquiem* á la virginidad que va á morir. ¡Y qué día más feliz para la primogénita de quince años, aquel en que su padre le trae del taller de la modista ó de la casa del maestro el primer traje largo! Ah! Es de blanca seda, albeante; de blancura inmaculada, como de pétalo de azucena, como de broche de gardenia aún no besada por el Sol voluptuoso y liviano, por ese enorme borracho de luz. ¡Esos bullones de encajes que rodean el cuello! ¡Ese corpiño! Esa falda, en que la aguja ha bordado exquisiteces con la seda! Esas mangas, en que huelga el brazo! Y luego... Los guantes de Suecia, el ramo de orquídeas, el abanico de plumas, el ridículo de terciopelo, las plumas y la diadema de perlas para el peinado. Esa noche irán al teatro. Ah! Ella, la que ayer se acostó niña y hoy se ha transformado en señorita formal, la que ha dejado á un lado las muñecas y los Pierrot carnavalescos, para tener por juguetes el abanico y la sombrilla de seda, piensa el efecto que producirá su presencia en el palco... Esperan que el acto comience... La orquesta preludia la soberbia obertura de "Lohengrín"; el público ansioso espera que el telón suba y adivinar el conjunto de la

escena. La puerta del único palco desocupado hasta entonces, en esa noche del extremo de la *troupe*, se abre. Todo el mundo fija en él sus ojos y las señoritas de los palcos, y los condesitos irreprochables y los altaneros don Juanes, clavan en esa niña sus gemelos. Algunos murmuran: "¡qué linda!"; otros, "¡vaya una muchacha!"; algunas de las señoritas, preguntan á sus novios, que sentados á sus lados las requiebran: "¿Sabe Ud. quién es esa?" Por un momento, la niña de ayer logra atraer la atención general. El telón se ha corrido ya; se oyen las primeras voces de los cantantes; gime el violoncelo, los timbales repican atrevidos; suena el cobre; el clarinete deja oír su *alalí!*: Música de Wagner! La señorita ha quedado ya libre de los gemelos curiosos. Ese es el saludo cordial. Llegará el novio. Y ahora ¿dónde estará? De seguro, corta las flores que ha de ofrendarle, en el jardín de sus sueños.

He ahí el poema que encierra para una niña de quince años, el traje de seda. Dad, señores papás, á vuestras niñas ese placer. Dad á esa curiosidad inquieta, á ese gorrión travesuelo, la realización del ensueño más acariciado por su cabecita llena de frustrerías y henchida de locuras...

Worth ha muerto. Inclinémonos ante su tumba, y en nombre de nuestra novia y en el propio, coloquemos sobre esa tumba una corona de frescas siemprevivas.

CONDE PAÚL

—***—

Noche de invierno

Allá, fuera, se escucha
La caída monótona del agua;
Natura yace triste
Y el viento duerme, recogida el ala.

¡ Oh las chozas sin lumbre!
¡ Oh los hijos que adopta la desgracia
Y que se acogen al portal obscuro,
Público hogar en donde todo falta!.....

Yo tengo aquí, siquiera,
Abrigo y luz, aunque en humilde estancia,
Pero otro invierno, el del dolor impío,
Ha hallado sola y sin amparo á mi alma!

ISAÍAS GAMBOA.

—***—

Prosa y Verso

DE JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.

Acaba de salir de las prensas de la Tipografía Nacional y se vende, á seis reales el ejemplar, en la casa comisionista "El Índice" de Gonzalo Méndez, en San Salvador, y en Santa Tecla, en casa de don Francisco B. Álvarez.

Jorge Isaacs

Atrás quedaron en las zarzas de la vida, las quimeras de la juventud—y con ellas el dulce calor, que prestaba vida de felicidad al alma—ahora ésta, bajo la lluvia inclemente de los desengaños, tiritando en la helada tiniebla, alza en vano su vuelo para volver á la luz de la primavera, porque sus alas entumecidas pliéganse tristemente, apenas abiertas.

Ah! pero allí está el libro inefable, que os tornará, siquiera por breve tiempo, al encantado alcázar de las ilusiones—ya vuelve la gentil primavera y echan al aire nuevas flores los árboles deshojados—el palacio se irguió y los desiertos salones se repoblaron de las gentes que amábamos y se murieron. Allá va la novia hechicera, amorosa y pura como la soñábamos, mientras se desvanece el recuerdo de la novia muerta ó de la novia falsa—y se sienta uno con ella bajo el árbol florido y se habla como en los antiguos días, con lenguaje apasionado é inocente, exento de los tonos que después le da el desengaño. El torrente de los recuerdos se desborda en el alma, inundándola de ternuras inefables y de un deseo inextinguible, va desesperado, que sumerge en las nieblas del olvido á todo lo presente y se enseorea único y todo poderoso—deseo veheméntísimo de cosas desconocidas y vagas, pero iluminadas por una luz seductora de ensueño de adolescente.... Vienen después los dolores, no como los actuales, desesperados y maldicientes, sino los puros y divinos, que más son soñados que reales.

Y después....ya todo se desvaneció y ha vuelto la negra realidad.....

El mago que logró volvernos á la época de la juventud dichosa ha muerto. Y al pensar, con estremecimiento de hondísimo anhelo, en aquel amor tan humano como ideal que ata las cosas del cielo con raíces invisibles á las de esta tierra y que es, debe ser, inmortal se pregunta uno ¿qué habrá sucedido cuando se encontraron en la eternidad las almas de María y Efraín?

JOSÉ B. NAVARRO.

~~~~~

## Legación de Costa-Rica

Desde hace cuatro ó cinco días llegaron á esta capital, procedentes de Guatemala, nuestros distinguidos amigos, Exmo. Sr. Lic. Alejandro Alvarado, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario acerca del Gobierno del Salvador y el conocido poeta Justo A. Facio, Secretario.

Nos es muy grato saludar á tan distinguidos huéspedes y desearles en esta tierra toda clase de felicidades.

## Mis hijos

(*Prólogo del libro "Prosa y Verso"*)

Para que no audéis vagando así, tan mal vestidos, casi desnudos, dispersos, pidiendo hospedaje en esos palacios que se llaman REVISTAS, ó en esas casas de huéspedes que se denominan DIARIOS, yo os recojo, ¡oh páginas del alma! ¡oh versos del corazón! ¡oh caros hijos míos!

Antes de morir quiero dejaros en vuestra casa que, aunque pobre, es vuestra: en ella viviréis juntos, como buenos hermanos: ya no andaréis por las calles como niños huérfanos ni como pájaros sin nido.

Cuando mis amigos quieran acariciaros, abridles la puerta, que ellos os aman como á sus propios hijos. Y si algún curioso transeunte espía por la ventana y os hace muecas burlándose de vosotros, porque tenéis traje humilde, decidle: "Nuestro padre fue muy pobre, no tuvo lo suficiente para comprarnos diamantes, perlas, ópalos, topacios ni rubíes; él adornó nuestros vestidos con plumas de torcaes y de gorriones, con pétalos de gardenias y alas de mariposas. En el fondo de su alma nos engendró el Amor, y muy pequeñitos, antes de salir á la calle, nos arrulló en la cuna una niña pálida, de ojos negros, cuyas miradas, llenas de ternura, conmovían á nuestro padre, y nos ponían muy alegres..... ¡Ah! esa niña nos quería mucho, nos besaba con pasión y nos colocaba entre claveles rojos y mosquetas blancas, y rogaba á papá que nos pusiera vestidos nuevos y nos llevara de casa en casa para que las vecinas, las amigas, nos acariciaran como ella, nos quisieran como ella, nos besaran como ella..... Pero él se resistía; alegaba que nos iban á ver con desprecio, por ser hijos de pobre, porque nuestros humildes trajecitos de percal, al contrastar con los flamantes que usan los hijos de los príncipes, causarían risa, y se burlarían de nosotros. Sin embargo, ella se empeñó en que gustáramos á las niñas enamoradas, y, con tierna candidez, se imaginaba que volaríamos en alas de la Fama hasta perdernos en las cumbres de la Gloria.... ¡Cómo se equivocaba!—Papá, que amaba tanto á su virgen pálida, por complacerla nos abrió las puertas, nos arregló como pudo, y nos sacó á luz."

Sí, esa es vuestra verídica historia, ¡oh páginas del alma! ¡oh versos del corazón! ¡oh caros hijos míos!

\*\*\*

Ya estáis juntos, en vuestra humilde casa; ya podré veros á menudo; ya no temo perderos de vista. Siento el placer que siente un padre, al calor del hogar, rodeado de sus hijos. Con las caricias de mis amigos, mis hermanos del alma, y con los besos de ELLA, de la virgen pálida, que os ama tanto, basta para que estéis satisfechos.

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO

Mayo.—1895

## Mañanas brumosas

¡Oh, mañanitas húmedas de invierno! ¡Oh mañanitas vestidas de gris y de cofia de brumas!..... Pensando en vosotras, hoy tarde, he recorrido las páginas de un libro brumoso de Heine. Es el "Intermezzo" del "ruiseñor alemán que anidó en la peluca de Voltaire", ese que yo llamo "libro brumoso" y que recorría por cuarta vez. Hablo yo de aquellas mañanitas de invierno de mi niñez, de aquellas brumosas albas en el campo, de aquellos dulces despertares nieblosos, en que la luz aparece temblorosa, vacilante, como que sí tuviese miedo á algún ogro feroz. Era ella como una Caperucita Roja ante un lobo lanudo y sangriento. Iba donde su abuelilla Salén, porque mamá la mandaba, á que llevase á la viejecita blanca, la mantequilla mantecosa y el buen trozo de pan, de corazón tiernísimo como un rábanoprimeral. Pero ogros no había; se echaban á dormir ya, cuando la noche cerraba su broche de sombras. Lo que la buena y linda niñita tenía era frío, sí, mucho frío. Se levantaba en camisa, descalza, descubierta la rubia cabecita, sin abrigos, y tenía que salir á traer agua, luego, luego, para que papá Sol se asease cuando se levantara refunfuñando. Frío tenía la luz en aquellas mañanitas grises. Temblorosa iba, cantando un rondel sencillo y con su ánfora bajo el brazo, la niña genty rosada á la fuente cercana, entre rosas de nieve y árboles cristalizados, goteantes de rocío congegado. Nadie le veía. Todas las celosías estaban cerradas, y temblorosas de frío también, las parras floridas que encuadraban el marco de cristales de colores. Sólo de cuando en cuando, á través de las rejillas, chispeaba un ojo, parpadeaba y luego se borraba en la luz: eran las últimas estrellas que se apagaban tan tarde, porque estaban enamoradas de la niñita Alba, la fresca hija del Sol, ese burgués amable que jamás se encoleziza, pero que se enfada y refunfuña.

.....  
Recuerdos, y amables, traen esas brumas, esas mañanitas de invierno. Yo las recibo á todas ellas levantado ya. Cuando el alba despierta, y sale presurosa, restregándose los ojos con los dedos y desperezándose aún, yo, enamorado suyo, como aquellas postreras estrellas, la saludo como á una buena amiguita. Desde lo alto de mi estudio, veo desarrollarse todo ese cuento de hadas, escrito con colores y fijo en el cielo..... Leo esa página y siento como el alma se ríe y como los recuerdos revuelven por la casa, en chachara alborotada. La niebla cubre los techos y los moja con su rocío: el cielo está triste; la luz, va al templo á oír su misa, mientras el Alba, va ya, perdida por la montaña, camino del molino de su tía Salén. El Sol se ha levantado ya y se asoma al balcón, envuelto en su capa y calado su gorro de pieles mientras la Noche, uraña, miope, se queda en casa leyendo los diarios del día anterior..... De muy seguro que es suscriptora de *La Nación* y usa gafas de vidrios azules.

CONDE PAÚL.

## Tarde gris

En medio á las brumas opacas de invierno  
Fulgura la lumbre divina del sol,  
Y en tenues corolas, sedeñas, brillantes,  
Se ostenta la magia sutil del color.

El céfiro agita las ondas del éter,  
Se eleva el perfume que axhala el jardín,  
Y el pájaro esparce regueros de trinos  
Debajo de un cielo de pálido gris.

¡Oh tarde halagüeña! Tu aliento de brisas  
Derrama un perfume de flor de azahar;  
Tu voz son los ritmos y arpegios que vagan,  
La luz que vacila, tu lánguida faz.

Mas luego las nubes opacas de invierno  
Se extienden y pueblan la bóveda azul,  
Se extienden, derraman mil perlas de oro,  
Y luego apareces triunfante de luz....

Tú eres el vivo retrato del alma,  
Tu bruma es tristeza, tu canto placer,  
Y son ilusiones tus castos aromas,  
La luz que se extingue, la dicha que fue.

El viento que gime disipa las brumas  
Que nublan tu frente, que eclipsan el sol;  
Mas ¡ay! las tristezas, las brumas del alma,  
¿No habrá quien disipe? ¿no pasa el dolor?

SALVADOR DÍAZ.



## Entre las sombras

Leonor se despertó muy de mañana. Sonaba ya la esquila de la iglesia vecina, que llamaban á misa de cinco á los fieles aristócratas y á los devotos del cobre y de la tela burda. Desperzábese, bostezaba; se revolvía ese divino cuerpo sobre el colchón muellísimo, en las finísimas sábanas de lino y las colchas de seda. Entre los almohadones, de blancura intachable, semejaba su blonda cabeza, un pájaro de oro cautivo entre la nieve. Todo estaba sumido en una suave penumbra. Los ojos de la muchacha investigaban en vano en las tinieblas, sin lograr descubrir nada. Yacía ella, que era la blancura, en los brazos de la sombra, que era Otello. Y su fantasía, soltó las alas frágiles y revoloteó como un lindo y coquetto pajarito. Libó néctar en las rosas de su infancia, de aquellas rosas que se conservaban aún, frescas y lozanas, en el vaso de sus ilusiones, dentro de su alma. Arrancó un marchito pétalo á la gardenia agonizante de su pubertad. Y este pétalo le hizo columbrar, entre bruma sutil que dardeaba un claro rayo de sol, unos cuadros que trazó él con pinceles ideales y animó ella con el calor de sus besos rojos y la luz de las miradas de sus ojos negros.

Lo conoció en un baile, una noche feliz, ya lejana, pero que le parecía próxima. Le había hablado de amor, atrevidamente, como un noble garzón. ¡Tenía no sé qué fuerza misteriosa esa voz! ¡Cierta poder indecible esos ojos verdes y no sé qué pliegues y qué dulce ironía esos labios sensuales! ¡Era tan lindo! Un *bijou*; el que era rey en el *sport*, príncipe por la aristocracia de su sangre. La había conquistado galantemente: tras lucha esforzada, lucha de sonrisas, de palabras dulces, de besos, de caricias mudas y besos furtivos. Había por fin cedido. Después de las ceremonias de boda se habían ido al campo. Ah! Esta vida aparecía á los ojos de Leonor, como una acuarela llena de frescura y rica en color vivo y radioso. ¡En plena luna de miel! La blanca casita se escondía entre frondosos árboles y macetas de flores. El jardín era inmenso: iba á perderse, á unirse en estrecho abrazo con la arboleda susurrante, cuasi virginal. Vida feliz! Él para ella y para él, ella!. Así entiendo yo el amor. El beso de ella, para el novio. Nada más. ¡Ay! si por allí llegan esos diablillos que llaman celos! ¡Ay, se llega don Juan y desflora, atrevido, con un fuerte beso, esos labios que sólo nosotros hemos tocado!.....

Luego, esos cuadros se desvanecieron en las sombras y surgieron otros luego. En estos, ya el color iba debilitándose. Habían trazos, líneas, contornos que casi se borraban. Un débil rayo de sol, claveteaba el ambiente dudoso, en que volaba una parvada de palomas grises.

En la ciudad. Iban á bailes, iban á visitas. Ya no era ella enteramente de él, ni él sólo para ella. ¡Las obligaciones sociales! Ah! Este círculo pesado que obliga á la franqueza á retirarse para dar paso á eso que se llama convencionalismo. Ya él salía á menudo de casa, primero. Luego, más tarde, almorzaba, algunas veces, fuera de casa. Iba al teatro con los amigos; concurría al Club, iba á cacería. ¿Tal vez ya no la amaba? Estaba frío. Su sonrisa no era ya aquella con que accedía á sus pretensiones locas; sus besos ya no eran aquellos con que pagaba sus nimiedades de colegiala inocente. Ah! ¡Llegó por fin el final para ella! El ingrato durmió un día fuera de casa! ¿En dónde? Eso la preocupó mucho entonces. ¡Era la primera vez y lo amaba tanto! ¿Dónde estaría el ingrato? Tal vez, pensaba, en brazos de otra. ¡Si esas mujeres son malas! Esa noche lloró al esposo infiel y se durmió reprochándole. Esto se repitió con frecuencia, con harta frecuencia. Se quedaba fuera de casa días enteros. Jugaba y perdía mucho dinero; pero de esas pérdidas no se preocupaba ella, porque tenían tantísimas riquezas! Llegó el final. Un broche negro cerró el libro de su felicidad. Una amiga se lo confesó todo. El, su marido, tenía una linda querida..... Ya!.....

Los cuadros se borraron, se desvanecieron. Entraban ya á través de los cristales y las pearlyninas los rayos primeros del sol. La loca fantasía de Leonor plegó sus alas y se acurrucó en su nido. Ella duerme cuando el día nace.....

Tiró del llamador de la campanilla y acudió presta la doncella:

— ¿Ha regresado el señor?

— Aun nó—respondióle la criada, dejando sobre el velador los diarios de la mañana y las cartas, y abriendo la ventana. Luego se marchó.

Quedó sola Leonor y pensó:

— ¿Por qué si él, cansado de mí, busca otra mujer, yo, abandonada por él, pero no cansada, no he de buscar placer en los besos de labios extraños, goce en los brazos de otro?

Y el que llegó, fué el amante: un arrogante rubio: René de Sydni.

Leonor pagaba á su marido en la misma moneda su infidelidad.

ARTURO A. AMBROGI.

## Celos

Cuando á mi bella le conté la historia  
de mi primer amor,—  
¡De aquella rubia que adorarme supo  
con todo el corazón!—  
Al referirle que en su lecho de muerte  
miraba en derredor,  
llamándome con ansia, enamorada,  
para decirme adiós,  
Ella, mi amada, con acento triste  
que á mi alma conmovió,  
—Tengo celos, me dijo, tengo celos  
de aquélla que murió,  
pues desde el cielo, sin piedad, me roba,  
me roba un corazón!.....  
—¡Oh mi virgen, mi novia idolatrada,  
no tengas celos, nó!  
Aquella rubia, convertida en ángel—  
en sueños la ví yo—  
con sus alas purísimas de armiño  
del cielo descendió,  
y dirigiéndose hacia tí, en sus brazos  
divinos te estrechó,  
y, con acento de ternura lleno,  
mirándome exclamó:  
“Le devuelvo á tu amada aquellos besos  
de tu primer amor”.....  
Y en tus labios de rosa, dulce mente  
sus besos imprimió.....  
Y perdióse en los cielos murmurando:  
“¡Rogaré por los dos!”

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO

—\*—

## Fragmento

Mi hermano y yo lo hemos dicho en alguna parte: el libro obsceno, el libro erótico no ejercen ningún influjo sobre la joven francesa. Cuando ésta llega á perderse por la lectura, se pierde por un libro sentimental, por un libro castamente novelesco. Hay más: el amor, según lo entrevé en torno suyo, el amor reproducido en su realidad contemporánea, rara vez consigue interesar su corazón. Para que el libro que tiene entre las manos le llegue al alma, para que la conmueva y enternezca, para que la acerque á la tentación, ha de pintarle un amor que la desenvuelva en medios muy distintos de nuestros salones y aunque pertenezca algo al pasado; un amor contrariado por desgracias, peripecias y fatalidades, un amor rodeado, en fin, de circunstancias que lo conviertan en una especie de sentimiento ideal, ajeno á la simple copia de lo que tiene delante de sus ojos.

E. DE. GONCOURT

## Jupiter



Nos anuncia don Ramón Julibert, empresario de la Compañía de drama, comedia y zarzuela que actualmente trabaja aquí, que luego será puesto en escena el precioso drama nacional que ha escrito don Francisco Gavidia.

Nos alegramos infinito.

## Revista teatral

### LA FUNCION DEL JUEVES

La Compañía Julibert nos obsequió el jueves con el hermoso drama de Cano y Masas titulado *La Pasionaria*.

Es este un drama por el cual el público siempre ha tenido marcada predilección, como puede comprobarse por la numerosa concurrencia que ha asistido siempre que se ha representado. Pertenece al género realista, que es el que más se aviene con los gustos actuales y el más conforme con la razón y la ciencia.

Los dramas de la antigua escuela, en que los personajes andan á cuchilladas por un quítame allá esas pajas, en que todo es convencional y ficticio y en donde la acción, la trama, el mecanismo todo, parecen como estereotipados, si así cabe decirlo, no son recibidos por el público con el mismo agrado de antaño, ni producen la impresión profunda y duradera de los dramas vaciados en los moldes de las modernas escuelas.

Las sociedades de hoy, estragadas por las confituras de las obras románticas, con sus acarameladas escenas amorosas, que terminan en el inevitable casamiento; sus traidores, siempre é ineludiblemente castigados por la justicia del cielo; sus personificaciones del mal, sobre las que aparece siempre triunfante la virtud;— todo ello sin más variantes que los precisos cambios en las decoraciones y los personajes; todo ello artificial y de pura imaginación, y basado en mentiras halagüeñas y perturbadoras;—las sociedades actuales, decíamos, necesitan de que se les hable el lenguaje de la verdad, llano y sin reticencias; necesitan la emoción palpitante de lo real, de lo verdadero, de lo que se mueve, de lo que se ve, de lo que se palpa.

*La Pasionaria* es una de esas obras que hacen sentir y pensar á un tiempo mismo, y ponen en evidencia, con pinceladas y toques atrevidos, las impurezas y liviandades de una sociedad corrompida, viciosa, hipócrita y falsa.

Los personajes de este drama giran todos ellos dentro de la órbita de lo real, sin llegar á lo vulgar y asqueroso, pues el autor se ha cuidado bien de librarse de los extremos á donde con frecuencia van á parar los partidarios de la llamada escuela naturalista; de tal suerte, que aun cuando algunos de aquellos llegan á inspirar cierta repugnancia, no producen en el ánimo ese sentimiento de aversión que se siente hacia algunos de los de la escuela referida.

Petra, (vaya como un ejemplo), es un tipo que llega á rodearse de una aureola de simpatías, á pesar de su condición de mujer perdida y de su aspecto de miseria. Esa "flor de pasión" manchada en las impurezas del pantano, resulta una personificación de la desgracia ennoblecida por el sacrificio, y de asquerosa y repugnante tórnase atractiva y digna del cariño que nace de la compasión, que un naturalista á lo Zola consideraría como efecto de un sentimentalismo lírico, á lo romántico. Y bien, ¿quién no siente conmovido su corazón por una impúdica como Petra, víctima infeliz de la maldad, de la hipocresía, del instinto brutal, y, por último, de una codicia insaciable? En Petra, lo que á primera vista parece la glorificación del vicio, no es sino un acto de reparación y de justicia por el ultraje inferido á su infortunio.

En Justo encontramos caracterizado un tipo que abunda mucho en nuestras sociedades: á diario nos codeamos con él y casi siempre le vemos pasearse triunfante por las calles, escudado con su aparente hombría de bien, envuelto en el manto de su santidad... Debemos decir, sin embargo, que en el drama se halla recargado de colores muy sombríos, y acaso aparezca más "justo" de lo que es. Ese que nosotros conocemos, suele ser un hombre alegre, con ribetes de despreocupado, muy devoto, muy quisquilloso en materia de moral, severo, implacable; mas eso no impide que de tarde en tarde tenga sus pequeñas escapadas y acometa aventurillas de truhan y libertino; eso sí, guardando las apariencias y sobre

todo evitando el escándalo, que, según él, es lo que constituye el pecado.

Marcial, encarnación de la generosidad y la hidalguía, por ser tan raro y tan escaso, se nos antoja un personaje ideal. Viene á ser algo así como una claridad que alumbrá el cuadro sombrío de ese drama de la miseria.....

El Juez.... ¿Me dáis personaje más flexible que un Juez? Colocadle frente á frente de la opulencia; haced brillar ante sus ojos las riquezas, el oro, los brillantes, los trenes lujosos y deslumbrantes, y le veréis volverse dúctil como la cera, suave, amanerado, complaciente, y acaso á través de su sonrisa de cortesano adivinéis alguna pasión baja y mezquina. ¿Que éstos son casos extraordinarios? ¿y qué importa? El personaje existe y se reproduce con frecuencia; y es bastante.

Don Perfecto, doña Lucrecia y Angelina, son tipos vivientes y no es raro dar con ellos á la vuelta de cada esquina.

En lo general, y salvo algunas pequeñas exageraciones, tolerables, hasta cierto punto, por la necesidad del contraste, la obra es una pintura exacta de una sociedad carcomida por la corrupción más refinada. Ha encontrado, como era natural, sus detractores; pero esto se explica fácilmente considerando que no todos gustan del lenguaje rudo de la verdad, y que los más prefieren vivir engañados por vanas quimeras antes que contemplar el cuadro descarnado de las miserias sociales.....

\* \* \*

La representación de *La Pasionaria*, si hemos de decir la verdad, no estuvo muy buena, pues exceptuando á la Rodríguez, á Buxéns y á Carbonell, los demás actores habían estudiado muy poco sus papeles.

La señora Rodríguez hizo una Petra admirable. Sobre todo al finalizar el último acto, en donde fué muy aplaudida.

El señor Buxéns también mereció los aplausos del público, por la maestría con que caracterizó la noble figura de Marcial.

El Justo hecho por Carbonell no puede haber sido más justo, y claro está que se hizo acreedor á los aplausos que se le tributaron.

El Juez, que por enfermedad de Lopecito desempeñó el señor Banuet, estuvo tan bueno como no lo esperábamos.

Las demás partes, así... bastante medianas.

Para concluir, nos permitimos hacer presente á los actores la conveniencia de que estudien con más detenimiento sus papeles, pues tal como ha sucedido en ésta y otras representaciones, todo el trabajo lo han dejado al apuntador y las piezas han perdido mucho de su mérito. Naturalmente, como tienen dividida la atención, no pueden desempeñar á conciencia y con propiedad las partes que les corresponden.

PAUL DE GERY

Imprenta Nacional.